muchos hombres pudieran decir que jamás ha existido Plutarco á que dijeran que hubo un Plutarco que se comía los niños á medida que nacían.» *(Esays, of Superstition)*.

*
* *

«Cuando los pobres decían á Malherbe que rogarían á Dios por él, les respondía que no creía tuvieran gran crédito en el cielo, visto el lastimero estado en que les tenía en este mundo.» (Racan, *Vida de Malherbe)*.

*
* *

«*Don Juan:* ¿Cuál es tu ocupación?

El pobre: Rogar al cielo todo el día para la prosperidad de las gentes de bien que me dan alguna cosa... Me hallo en la mayor necesidad del mundo.

Don Juan: Tú te burlas; un hombre que ruega al cielo todo el día no puede hallarse al tanto de sus asuntos.

El pobre: Os aseguro, señor, que casi nunca tengo un pedazo de pan para llevarme á la boca.

Don Juan: Muy mal remunerado eres por tus cuidados... toma un luís de oro... Te lo doy por amor de la humanidad». (Moliere).

*
* *

Muy bien sé que los teólogos saldrán por la tangente. «No conocéis, dirán á propósito del obrero víctima de su heroicidad, el estado del alma de ese ser á quien compadecéis; tal vez había cometido alguna falta digna de la venganza celestial, estaba quizá en pecado mortal». ¡Bravo! ¡Y que los hijos paguen su pecado!—Es la ley judía y la ley cristiana.—Pero y las cincuenta y cuatro mujeres aplastadas no ha mucho en una iglesia de Suiza, cuyo techo se hunde bajo el peso de la nieve; y las dos mil setecientas personas quemadas en una iglesia de Chile, porque los curas cerraron las puertas de la sacristía al salvarse, llevándose reliquias y fetiches; ¿diréis también que todas eran igualmente dignas de una muerte horrorosa, que merecían todas por igual ser castigadas por el Dios á quien habían ido á rogar?

«¿Diréis viendo ese montón de víctimas:
Dios se ha vengado, su muerte es el precio de sus crímenes?»
(Voltaire)

Una vez más soy yo el piadoso cuando en lugar de acusar á Dios que todo debe saberlo, preverlo y poderlo, deploro sencillamente que una ley física se ejerza con tanta ceguera y crueldad (40).

(40) A este propósito podrían citarse las justas palabras de Diágoras de Melos, quien, por haber negado formalmente toda providencia y toda divinidad, debió huir de Atenas, donde se puso

Sin duda se unirán los espiritualistas á los teólogos y gritarán con toda su fuerza: «Esperad, que ya se hará justicia en la otra vida». ¡Ah! señores; ¿estáis bien seguros de ello? ¿No tomáis por certeza «una esperanza ferviente»? Nunca ha vuelto nadie de la otra vida para certificar que no nos faltará á nosotros. Es, pues, pura suposición lo que hacéis, *somnia non docentis, sed optantis* (Cicerón), y estoy en mi derecho al deciros á mi vez: «Esperad, pues bien pronto reconoceréis que vuestra nueva suposición, es ilusión pura».

«Si no tuviera, dice J. J. Rousseau, otra prueba de la inmaterialidad del alma, que el triunfo del malo y la opresión del justo en este mundo, esto tan sólo me impediría dudar de ella. Una

á precio su cabeza. Fué el primer razonador que recibió el nombre de *Atheos*. «Diágoras, cuenta Diógenes Laercio, iba á bordo de un barco que sufrió ruda tempestad. Durante el mal tiempo los marineros dijeron á Diágoras que merecían lo que sufrían por haber admitido á un impío como él: «Mirad, respondióles, los otros numerosos barcos que experimentan la misma tempestad: ¿creéis que yo estoy en cada uno de ellos?» Este Diágoras fué quien dijo al ver las ofrendas que los marineros habían depositado en el templo de Neptuno: «Se considera á los salvados, pero no á los ahogados, que, no obstante, habían hecho rogativas y votos como los demás.»

Este género de respuesta, con la cual se ejerce el sentido común, podría usarse muy á menudo por los incrédulos. Por ejemplo, los biógrafos de San Jerónimo hacen notar que Dios le dió muy larga vida, superior á la edad ordinaria de los hombres, añadiendo: «Por donde se comprende lo importante que era para el mundo.» ¿No podemos decir otro tanto de la de Voltaire?

contradicción tan manifiesta, una disonancia tan chocante en la armonía del universo, me impulsaría á resolverla y me diría: no acaba todo para nosotros en la vida, todo entra en orden á la muerte. Realmente me causaría mucho embarazo preguntarme dónde está el hombre cuando todo lo que tenía de sensible está destruído» etc. (*Prof. de fe*, etc.).

Así, pues, bien claro se ve, los espiritualistas quieren justificar la Providencia por la vida futura,—no tienen otro recurso;—luego quieren probar la inmortalidad del alma por la necesidad de justificar la Providencia. Les desconcierta el sentimiento que han puesto en lugar de la razón. Esto es decidir, una vez más, una cuestión por otra cuestión y recíprocamente; es una vez más y siempre dar vueltas en un círculo vicioso.

Por añadidura, toda la doctrina de Rousseau reposa sobre el sentimiento. El mismo, confiesa que «los argumentos de esos ardientes misioneros del ateísmo me habían conmovido, dice, sin haberme convencido; no encontraba respuesta á los mismos, pero sentía que debía haberla; me acusaba más que de inepcia, de error y mi corazón les respondía mejor que mi razón» (41).

(41) Pascal había dicho antes que él: «He aquí lo que es la fe: Dios sensible al corazón, no á la razón.»—«No es la razón, dice Renán, sino el sentimiento lo que determina á Dios... Si la humanidad sólo fuera inteligente, sería atea.»

(Paseo III). Esta confesión debe bastarnos; muestra que el deísmo de Rousseau—haciendo del marido de su Julia un ateo y un sabio—no era menos inconsecuente que el de Voltaire.

Volvamos á nuestro tema.

No es de hoy que se ha divulgado entre los hombres, la creencia en esas leyes fatales que rigen el mundo, en esas leyes inexorables, sin justicia, sin benevolencia, sin piedad (42). Es tan vieja como las más antiguas tradiciones humanas.

Vamos á demostrarlo.

Del politeísmo al monoteísmo se ha creído ver un progreso inmenso. No estoy más seguro de este progreso que el doctor Strauss. Desde luego —y dejando aparte todo lo que deben á la pluralidad de los dioses el arte y la poesía—¿no ha salido del monoteísmo religioso el monoteísmo social? ¿No es el pretexto y la justificación del poder absoluto de un monarca? El rey, es la imagen de Dios; un solo dueño en el universo, un solo amo en el Estado. *Fiet unum ovile et unus pastor*. (Que no haya más que un solo rebaño y un solo pastor). «¡Oh, rey de los Dioses! dice Alejandro á Júpiter, nuestro reparto está

(42) «La naturaleza es sorda á las quejas y á los ruegos del hombre, lo arroja inexorablemente contra sí mismo» (Feuerbach).

«La naturaleza es de una insensibilidad absoluta, de una inmaterial Edad trascendente» (E. Renán.)

hecho; á ti el cielo, á mí la tierra.» *(Epigr. de Arquelao* en la *Antología griega.)*

Dioisum imperium cum Jove Caesar habet.

(Virgilio.)

Más recientemente, Bossuet interpreta de un modo parecido la *política sacada de la Santa Escritura*. «Hay que obedecer al príncipe, dice, como á la justicia misma... Son dioses y participan en cierto modo de la independencia divina... No hay que examinar cómo se ha establecido el poder del príncipe... Es inherente al carácter real una santidad que no pueda borrarse por ningún crimen... Que retire Dios su mano, y volverá el mundo á la nada; que cese la autoridad en el reino, y todo será confusión. Considerad al príncipe en su gabinete; de allí parten las órdenes que hacen ir en armonía ministros y capitanes, las provincias y los ejércitos. Es la imagen de Dios, que, sentado en su trono, en lo más alto de los cielos, dirige la marcha de la naturaleza toda.»

En segundo término, es con toda seguridad el monoteísmo el que ha engendrado la intolerancia. Jehová dijo de sí mismo: Yo soy el Dios celoso. Las religiones politeístas admitían de buen grado en su panteón á los dioses extraños, lejos de proscribir á sus sectarios. — *Dignus*

Roma locus quo Deus omnis eat (Ovidio) (43). —«En los tiempos en que los romanos sitiaban á Veyes, uno de ellos se acercó á la diosa nacional de los veyanos y le dijo: «¿Quieres venir á Roma, Juno? (*Visne Romam ire, Juno)?*» La diosa extranjera respondió: «Sí, quiero.» Y fué conducida al recinto de Roma, siguiéndole su pueblo. Esta historia, cien veces repetida, es la de cada una de las conquistas de los romanos.» (E. Quinet. *El Genio de las Religiones*, libro VII). «El espíritu tolerante de los idólatras, en los tiempos antiguos y modernos, dice D. Hume, es evidente para todos quienes saben leer los relatos de los historiadores y de los viajeros. Cuando se preguntó al oráculo de Delfos, qué ritos ó ceremonias del culto eran más agradables á los dioses, respondió: «Los legalmente establecidos en cada ciudad.» (Jenofonte, *Mirabilia.*) Los mismos sacerdotes podían, en aquellos siglos, admitir la salvación de los hombres de otra creencia... La intolerancia de las religiones que han mantenido la unidad de Dios no es menos notable que el principio contrario entre las politeístas.» (*The Natural History of Religión.*)

(43) Ovidio ha dicho:
Romanæ spatium est urbis et orbis idem
Es precisamente la bendición papal:
Urbi et orbi

No como adoradores de Cristo, sino como afiliados á una sociedad secreta (*hetœria*), enemiga del emperador y de las instituciones imperiales, en una palabra, como «los enemigos del género humano» (Tacito), fueron perseguidos los primeros cristianos, antes de ser perseguidores. Lord Bolingbroke, hace observar con razón que los judíos, muy despreciados por los romanos, no sufrieron de ellos ninguna persecución. «Sostengo, dice Voltaire, que los cristianos fueron siempre perseguidos como facciosos destructores de las leyes del imperio; y la prueba de que querían cometer este crimen, es que al fin lo cometieron.» Montesquieu, demuestra además con toda evidencia, con una profundidad digna de él, que el imperio debió en gran parte su fuerza á la tolerancia ejercida con todos los cultos, y su debilidad en las persecuciones exigidas por la ortodoxia cristiana. «Y así como los antiguos romanos, dice, fortificaron su imperio dejando en él todas las clases de cultos, más tarde la redujeron á la nada, cortando una tras otra las sectas que no dominaban. Esas sectas eran naciones enteras... Justiniano, que las destruyó con la espada ó con sus leyes, y que obligándolos á rebelarse, vióse en el caso de exterminarlas, dejó incultas muchas provincias. Creyendo haber aumentado el número de los fieles, no hizo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

otra cosa que disminuir el de los hombres.» (*Grandeza y decadencia de los Romanos*, capítulo XX.—Véase también la *Política de los Romanos en la religión*).

En fin, si el monoteísmo se presta á justificar el poder absoluto de un monarca y la intolerancia con los cultos disidentes, es forzosamente el enemigo de todo progreso, porque es enemigo de toda ciencia experimental, de toda ciencia positiva. Ved la historia de los judíos antiguos y la de los musulmanes modernos, y acordaos también del proceso de Galileo, acusado de heregía por el santo oficio, por haber «sostenido la doctrina falsa y contraria á las Divinas Escrituras de que el sol es el centro de la órbita de la tierra, que la tierra se mueve y que no es el centro del mundo,» etc. El gran viejo para evitar el tormento, debió pronunciar la retractación siguiente: «Yo Galileo, en el año setenta de mi edad, constituído prisionero, de rodillas ante vuestras Eminencias, (siete cardenales) y teniendo bajo mis ojos los santos evangelios, con fe y corazón sinceros, abjuro, maldigo, detesto los absurdos, errores, heregías del movimiento de la tierra.»—*Eppur si muove*, dijo levantando la frente (44).

(44) Galileo habría podido dirigir á sus jueces las grandes palabras que escribió á la gran duquesa Cristina: «Los profesores de teología

Lutero, no trató mejor á Copérnico, que la Inquisición á Galileo. «Se menciona, dice, un nuevo astrónomo que quería probar que es la tierra quien gira y no el cielo y el firmamento, el sol y la luna. Así va el mundo: el que quiere ser hábil no debe contentarse con lo que saben los demás. El necio, quiere transformar todo el arte de la astronomía; pero como dice la Santa Escritura, Josué mandó al sol que se parara y no á la tierra.» Más recientemente, el sabio por excelencia, M. Kant, ¿no fué acusado oficialmente ante el sucesor de Federico el incrédulo de «haberse servido de su filosofía, para desnaturalizar y despreciar diversas doctrinas fundamentales de la Santa Escritura?» Esos dos ejemplos prueban que el protestantismo, que permite el examen en los límites de la Escritura, pero

no deberían arrogarse el derecho de fulminar sentencias en profesiones que no ejercen ni han estudiado. Eso es como si un príncipe absoluto, sabiendo que puede mandar y obtener obediencia, quisiera, sin ser médico ni arquitecto, exigir que se conformaran con su voluntad al medicarse y construir, con pena de la muerte para los enfermos y de ruina para los edificios». (*Galileo*, por el doctor Parchappe).

La misma odiosa escena se ha repetido á corta diferencia, en pleno siglo diez y ocho, en Francia, en París. He aquí en qué términos debió retractar Buffon ante la *Sorbona* su *Teoría de la tierra*, publicada en 1749: «Declaro no haber tenido ninguna intención de contradecir el texto de la Escritura Santa; creo firmemente todo lo que en ella se relata acerca de la creación, sea en el orden del tiempo, sea en la substancia de los hechos, y abandono todo lo que en mi libro se refiere á la formación de la tierra, y generalmente todo lo que pudiera ser contrario al relato de Moisés».

no más allá, prohibe tanto como el catolicismo la libre investigación, y que toda fe es enemiga de toda ciencia.

Si los habitantes de las diversas regiones de Europa han realizado ruidosos progresos en todos los ramos de la civilización, es porque han salido del cristianismo así como del mosísmo y del islamismo, en una palabra, del monoteísmo. Han abandonado la fe para abrazar la ciencia. En efecto, el monoteísmo lleva consigo la creencia en una creación *exnihilo*. Ahora bien, esta creencia es la antítesis absoluta de la proposición fundamental de toda ciencia, *ex nihilo nihil*. «Desde el momento, dice con sobrada razón Julio Soury, desde el momento en que el mundo ha sido creado, en que sus leyes no resultan de la naturaleza de las cosas, sino de la voluntad arbitraria de un ser que ha intervenido y continua interviniendo con milagros é impenetrables designios en ese templo inmenso del universo, que se ha construído para en él hacerse adorar, ya no puede haber astronomía, ni física, ni fisiología, ni sociología.»

Después de estas graves y justas acusaciones contra el monoteísmo, parece que los espíritus sean llevados históricamente al politeísmo por la ciencia moderna y desinteresada. Es un punto que importa aclarar brevemente.

«Contar las maravillas de la naturaleza, dice Alfredo Maury, es para el ario, relatar la historia de sus dioses.» En efecto, todos los *dioses* de la Judea, de Egipto, de Asiria, de Grecia, no han sido otra cosa que personificaciones de las fuerzas de la naturaleza, bienhechoras ó malhechoras. El miedo sobre todo, mucho más que la gratitud, se pone de relieve en el origen de todas las religiones. *Primus in orbe Deos fecit timor* (Petronio). Así la palabra plural *Elchim*, que en el Génesis quiere decir los Dioses, antes de que el nombre de Jehová (ó Javeh), haya querido significar el Dios único,—lo cual prueba, para todos los escritores de la exégesis, añadiendo la expresión plural «Hagamos el hombre á nuestra imagen» (*Génesis*, I, 26) (acerca de la que san Agustín ha querido establecer el dogma de la Trinidad) que el politeísmo, entre los hebreos, como en todas las naciones, ha precedido al monoteísmo,—esta palabra es un derivado del verbo «temer». *Elchim* es *terribiles*. «El temor del Señor»: he ahí el fundamento de toda la religión judía; Jehová era un Dios terrible como Moloch y Baal. Quería también sacrificios, incluso sacrificios humanos (testigos la historia de Isaac, el asesinato de la hija de Jefté, el de Agag por Samuel, el de los siete niños de la raza de Saúl por David, etc.); le gustaba el

olor de la sangre y de la grasa, humeantes sobre su altar.

Hobbes, ha dicho en el *Leviathán* las siguientes profundas y desdeñosas palabras para señalar la escasa diferencia que separa las religiones del Estado del simple fetichismo: «El temor de los poderes invisibles... si son públicamente aceptados, es religión; si no son aceptados públicamente, es superstición.» Y he aquí en qué términos precisos Heriberto Spéncer, el ilustre filósofo de la evolución, hace del *miedo* una base común á las instituciones sociales y religiosas: «Mientras el temor á los vivos es la raíz de la política, el temor á los muertos es la primera fuente de la religión.»

Pero, entre los fenómenos de la naturaleza, buenos ó malos para el hombre, la diversidad de los efectos, haciendo creer la pluralidad de las causas, debía conducir á la pluralidad de dioses: *Tot numina quot nomina.*

«El apelativo común de *Dii, Dei, Divi,* aplicado á todos los seres acerca de los cuales existe un culto, proviene de la raíz sanscrita *dio* (brillar), y no significa otra cosa que *los brillantes.* Esas palabras se aplican enteramente á los dioses, y los designaron cuando los arios llegaron al período de la astrolatría. Y continuando los astros como los únicos fetiches adorados, la palabra *Deus* se convirtió en sinónima de ser poderoso, hasta que transportada á occidente fué aplicada por los arios á los seres que eran objeto de su culto. Así es que mientras las ideas se modifican y se transforman, las expresiones subsisten, y la palabra que significaba un astro, sirve hoy día para designar un ser inmaterial y único, creador y director del mundo.» (De Montroni, *el Fetichismo*).

El emperador Aureliano llamaba al sol *Dios cierto: Dii faciant et Deus certus Sol ut senatus de me sic judicet.* (Vopiscus.)

«Había divinidades para el hombre y para la mujer, para la edad madura y para la juventud, para el cuerpo y para el espíritu, para la guerra y para la paz» (Havet); había según Plinio el incrédulo, «más dioses en el cielo que hombres en la tierra», y Petronio cuenta la historia de una sacerdotisa á la cual se ha matado su oca sagrada, pero que se consuela recibiendo dos piezas de oro, porque con ellas tendrá «con qué comprar ocas y dioses».

«Los hay, dice Montaigne, tan mezquinos y populares, que es preciso amontonar cinco ó seis para producir una espiga de trigo... Tres para una puerta: el de las tablas, el de los goznes y el del umbral; cuatro para un niño, protectores de sus pañales, de su bebida, de su comida, de

su leche, etc.» A todos esos Dioses «ruines» han sucedido los santos del calendario. Cada cual tiene su patrón en el cielo así como su ángel de la guarda en la tierra. Si Apolina cura los dientes, Lucía cura los ojos; santa Elma preserva del rayo, y san Antonio de Padua hace hallar los objetos perdidos, etc.

Así, dejando aparte el culto primitivo de los pastores indios, que se encuentra por completo en el de los pastores caldeos, y desde éstos en el de los patriarcas hebreos, (45) para limitarnos al culto de la antigua Helade, á los dioses de Homero y de Fidias, Zeus el acumulador de nubes, presidía la parte superior de la atmósfera, que se creía teatro de los meteoros ígneos, la estancia de los relámpagos y de los rayos; Here, su hermana y mujer, la parte inferior y húmeda, de donde caían la lluvia y las nieblas; Apolo daba la luz del día; su hermana Artemis la de la noche; Uanos era el cielo, Gea la tierra, Poseidon el Océano, Hestia el fuego, Demeter y Dionysos los alimentos necesarios, Perséfone «el grano de las plantas» (Cicerón), que permanece tres meses bajo tierra antes de germinar; Minerva sacando de la frente de Júpiter, armada de la lanza, el rayo que brota de la nube entre-

(45) Basta, para convencerse, comparar los Salmos con los himnos de los Vedas.

abierta; Endymion, el sol puesto, á quién Selene (la luna) prodiga sus caricias; Dafnis, la aurora que persigue al sol y que desaparece en su abrazo; Danae (la aridez) la tierra desecada, recibiendo del cielo una lluvia que vale oro, *largo descendet Júpiter imbre*, etc. (46). Y los actos consagrados á esos dioses varios se explicaban igualmente por simples combinaciones naturales: «Zeus ha llovido en la Fuerza (Alemene), que ha concebido al Fuerte (Alcides); Zeus ha llovido en la tempestad sobre la Tierra (Semele) que, fulminada, ha concebido á Baco, el vino ardiente.» (Michelet). En la antigua Grecia, el más antiguo nombre de *Dioses* fué, dicen los sabios, lo mismo que el de *leyes;* personificaban de otra manera las de la naturaleza. He ahí en que sentido puramente histórico he querido demostrar que la ciencia lleva los espíritus del monoteísmo al politeísmo.

De esta suerte halla una explicación, plausible hasta la evidencia, del nacimiento del sentimiento religioso entre los hombres primitivos. Pero, al propio tiempo para enlazar esta infinita variedad de Dioses en una síntesis, en una concepción de conjunto, á fin de que no pudiera con-

(46) «Tengo por Dios todo lo que me alimenta». *(Proverbio griego)* *Sine Cerere et Bacho friget Venus.* Sin Ceres y Baco, Venus está transida. *(Prov. lat.)*

trariar la unidad de dirección que ofrece la marcha del universo, los antiguos politeístas imaginaron que esos distintos dioses de Grecia, adoptados con otros nombres por los romanos, incluso el más distinguido, el rey del Olimpo, estaban todos sometidos á las inmutables voluntades de un Dios superior y anterior, de un Dios oculto, ciego, inconsciente, que se llamaba el Destino, y cuyos sistemas irrevocables habían precedido al nacimiento del mundo (47). Este *Fatum*, cuyo nombre es neutro para quitar toda responsabilidad, es precisamente «el mecanismo universal que se llama Destino» (Diderot); es el último eslabón de esa cadena de leyes implacables, pero siempre regulares hasta en las irregularidades aparentes, que rigen *fatalmente* la existencia material de los seres y de las cosas (48).

(47) En la *Iliada* (cap. XXII), se ve á Júpiter pesando los destinos de Aquiles y de Héctor, y reconociendo que no puede salvar al hijo de Príamo.

Cleanto el estoico definía así á Júpiter: «El que gobierna todas las cosas *seyún la ley*», y he aquí cómo se expresa Epicteto en su *Enchiridion*: «¡Oh, Júpiter, y tú *soberano* Destino, conducidme al fin que me habéis fijado!»

Los egipcios llamaban á su dios supremo Ammon, «el escondido». «En la cumbre del Panteón egipcio se cierne su Dios único, inmortal, increado, invisible, oculto en las profundidades inaccesibles de su esencia... Es el Dios reservado al iniciado del santuario». (Mariette). Es el *Deus absconditus* de las Escrituras.

(48) Cicerón llama á la Fortuna *rerum humanorum domina*; y Suetonio dice de Tiberio... *Circa Deos negligentior, persuasionisque*

Casi podría decirse también las acciones de los hombres, pues lo que se llama su libre arbitrio se halla siempre sometido á las leyes que gobiernan el universo, y dominan en el universo de que forman parte. Esto me parece perfectamente demostrado por las estadísticas morales (sobre los crímenes, suicidio, matrimonio, etc.) en las que los hechos aislados se explican por el conjunto de los hechos generales. Si está probado, por ejemplo, que el número de matrimonios está en razón directa con la mayor ó menor abundancia y facilidad de nutrición, se seguirá de aquí que en un país en que el alimento sea abundante, pueda ser determinada la voluntad de los dos conjuntos, sin que ni siquiera lo sospechen, por la facilidad de alimentarse (49).

La creencia en el libre arbitrio absoluto, sólo

plenus cuncta Fato agi (... muy negligente respecto otros dioses, y bien persuadido de que todo se hace por el Destino).

«Era en el fondo un verdadero ateísmo, dice Bayle, hablando de las creencias de la antigüedad pagana; era convertir en Dios la necesidad de la naturaleza». (Art. Júpiter, nota N.)

«Han muerto para no volver esas divinidades que el hombre hacía á su imagen, animaba con sus propias pasiones, y creía accesibles como él á la cólera, al odio, á la piedad, al ruego. La ciencia las ha reemplazado por las fuerzas de la naturaleza, manifestaciones de poderes ignorados sin duda, pero de poderes inflexibles, que no conocen el capricho y no pueden cambiar... Inmutables como el Destino, como él insensibles, son las soberanas de las cosas». (Gust. Le Bon.)

(49) Véanse, entre otras, la *Física social* de Quetelet y las obras sobre el mismo particular de Arnaldo Ruge, Adolfo Wagner, etc.

reposa en un extraño argumento: «Es más conforme á la dignidad del hombre; lo eleva sobre los rebaños de las bestias.» Este es uno de los numerosos ejemplos del sentimiento haciendo callar á la razón. Esta habla un lenguaje muy diferente:

«La libertad humana de que todos los hombres se vanaglorian, dice admirablemente Spinoza (Ethica), no es más que la conciencia de su voluntad, junto con la ignorancia de las causas que la determinan.» «En efecto, añade Voltaire, si la contrariedad es una necesidad que se advierte, la necesidad es una contrariedad de la cual no nos damos cuenta.» «El hombre es libre, agrega, cuando puede lo que quiere; pero no es libre para querer. Es imposible que quiera sin causa. La nube que dijera al viento: No quiero que me empujes, no sería menos absurda.» Kant reconoce también en una multitud de pasajes citados por Buckle (*Historia de la Civilización*, etcétera, nota A del cap. I), la existencia de una «necesidad destructora de la libertad.» «Así, añade Buckle, — que se eleva del hombre á la historia — así, rechazando el dogma metafísico del libre arbitrio y el dogma teológico de la predestinación, nos vemos forzosamente impulsados á concluir que las acciones de los hombres, siendo determinadas únicamente por sus antecedentes, deben tener un carácter de uniformidad, es decir, deben, en circunstancias precisamente idénticas, resultar siempre cabalmente de la misma manera... Todas las vicisitudes de la raza humana deben ser el fruto de una doble acción: una acción de fenómenos exteriores sobre el espíritu, una acción del espíritu sobre los fenómenos. Esos son los únicos materiales de una historia filosófica.»

«La libertad, había dicho Descartes, consiste solamente en que para afirmar ó negar una cosa que el entendimiento nos propone, no sentimos que fuerza alguna interior nos obligue á ello.» Además añade La Metrie: «Por una orden que da la voluntad, sufre cien veces su yugo.» Y el ilustre Lamarck: «La voluntad dependiendo siempre de un juicio cualquiera no es nunca verdaderamente libre; pues el juicio que lo determina es, como el cociente de una operación aritmética, un resultado necesario del conjunto de las operaciones que lo han formado.»

Tal es también la opinión del gran Leibnitz cuando dice: «No advertimos siempre las causas de que depende nuestra resolución; es como si la aguja imantada tuviera gusto por volverse hacia el norte, pues no se daría cuenta de los movimientos insensibles de la materia magnética.» Lo mismo se observa cuando dice: «Todo

acontecimiento presente ha nacido del pasado y es padre de lo futuro, sin lo cual este universo sería absolutamente otro universo.» Esta es también la opinión del sabio Locke; M. Littré expresa el mismo pensamiento que Spinoza, en forma apenas diferente. «La voluntad, dice,no es una facultad que se determina por su propia virtud hacia tal motivo; por el contrario, es tal ó cual motivo lo que determina á la voluntad á la resolución que toma.» A lo cual añade luego: «...Con el libre arbitrio, la incomprensión está por doquiera. Por el contrario, todo es coherente y sin contradicción con la acción de causas, el conflicto de las causas, y la victoria de la causa más fuerte... En definitiva, la libertad, aplicada á la voluntad, significa el poder de obedecer el motivo más fuerte. La voluntad no es libre, cuando este poder es destruído, cual ocurre en la enfermedad ó con la locura; es libre cuando este poder permanece intacto, como en la salud cerebral» (50).

(50) Las viejas Leyes de Manú habían ya establecido esta regla: «El éxito en todos los negocios del mundo depende de las leyes del Destino y de la conducta del hombre. Los decretos del Destino son un misterio, luego hay que recurrir á los medios que dependen del hombre».

Michelet, treinta siglos después de Manú, ha dicho: «¿Qué es la historia? Es el relato del eterno combate de la libertad contra la fatalidad».

La historia es la película cinematográfica del transformismo humano.

No pudiendo ningún fenómeno moral ser atribuído sea á la necesidad absoluta, ó la absoluta libertad, pudiera concluirse que la elección de los motivos forma una especie de libertad en la necesidad, una libertad suficiente para llamarse libre arbitrio, para escapar al determinismo de los filósofos y á la predestinación de los teólogos. Me parece que esta es, en el fondo, la opinión de Leibnitz, aceptada por varios de los pensadores más modernos, Tissot, Dunoyer y el mismo Proudhon. Esta opinión estaría justificada por el sistema de las monadas (en otro tiempo los *átomos* de Demócrito, de Epicuro y de Lucrecio, después los *corpúsculos* de Bacon, y hoy día las *células* ó los *glóbulos* de los fisiólogos), al cual regresan muchos espíritus eminentes para explicar todos los fenómenos físicos y morales. Este sistema, en efecto, parece implicar que cada ser está dotado de un *poder* propio, una *espontaneidad* inherente á su naturaleza, y que este poder espontáneo se convierte para los otros seres que lo experimentan en una *necesidad* fatal. De aquí el antagonismo y el conflicto de las fuerzas; de aquí la guerra universal; pero de aquí también el equilibrio que, naciendo de este conflicto de fuerzas, se convierte, si no en la paz, al menos en el orden general tal cual lo vemos establecido.